

R I M A S

DE

UN PROSCRIPTO

- 1.^a LA CANCIÓN DE LOS LEALES.
- 2.^a ADIÓS Á LA PATRIA.
- 3.^a SIN FAMILIA Y SIN HOGAR.
- 4.^a AL GRAN SAQUEADOR.
- 5.^a Á UN TRAIADOR.
- 6.^a Á LA CLASE MEDIA.



SANTIAGO

IMPRESA FRANCO-CHILENA, NATANIEL 31

1893

R I M A S

DE

UN PROSCRIPTO

Juan Manuel Allende

- 1.^a LA CANCIÓN DE LOS LEALES.
 - 2.^a ADIÓS Á LA PATRIA.
 - 3.^a SIN FAMILIA Y SIN HOGAR.
 - 4.^a AL GRAN SAQUEADOR.
 - 5.^a Á UN TRAIADOR.
 - 6.^a Á LA CLASE MEDIA.
-

SANTIAGO

IMPRESA FRANCO-CHILENA, NATANIEL 31

1893

NY 10001

La Canción de los Leales

En la cárcel ó proserito,
¡Oh, divina Libertad!
Me consuelo si repito
Que el deber fué mi delito,
Y mi crimen, la lealtad.

Los traidores y canallas
Que subieron al Poder
Me robaron mis medallas:
¡Vencedor en cien batallas,
Y hoy no tengo qué comer!

Rechacé altanero el yugo
Del banquero tentador,
Y hoy es él mi peor verdugo,
Pues les niega hasta un mendrugo
A los hijos de mi amor.

Que cobarde faí me dices,
Sanguijuela del país;
Mas, los parias infelices
Con sus nobles cicatrices
Te darán fiero mentís!

Los que fueron bravos leones
En contienda desigual
Humillando á dos naciones,
Van hoy día, hechos jirones,
A morir á un hospital.

Mientras tanto, al presidario
Sin conciencia ni honradez;
Al traidor y al mercenario,
Hoy los premia nuestro Erario
Con soberbia esplendidez!

¡Qué Pisagua ni Dolores,
Tacna, Arica ni San Juan,
Ni qué vale Miraflores
Para nuestros *redentores*,
Que una estatua se alzarán!

A los leales ¿quién socorre?
No hay para ellos compasión!
A Velásquez y á Latorre
Que del rol ya se les borre:
¡No aceptaron la traición!

Esas glorias ya han prescrito,
Empañólas la maldad.
¡Que las cubra el sambenito,
Si el deber fué su delito,
Y su crimen, la lealtad!

Esa raza maldecida
Que cumplió con su deber
Quizá ignora que la vida
Sólo en lucha fratricida
El chileno ha de esponer;

Y esa raza quizá ignora
Que hoy en Chile es la traición
La que hazañas avalora;
Y, no siendo ella traidora,
¿Cómo espera galardón?

El rencor no encuentra vallas
En los hombres del Poder,
Y, aunque saben los canallas
Que he vencido en cien batallas,
Hoy no tengo qué comer!

En la cárcel ó proscrito,
¡Oh, divina Libertad!
Entre lágrimas repito
Que el deber fué mi delito,
Y mi crimen, la lealtad!

Mendoza, á 28 de Enero de 1893.

Adiós á la Patria

EN LA CUMBRE DE LOS ANDES

Desde la enhiesta cumbre,
Fija en el Occidente la mirada,
Llena el alma de negra pesadumbre,
Mi adiós te envío, ¡oh, Patria idolatrada!
Del expirante sol los resplandores
Decoran de oro y púrpura los cielos,
Y de fúnebre tul, mi corazón.

Nido de mis amores,
Tumba de mis abuelos,
Adiós, adiós!

¡Por piedad no te escondas,
Sol que mi cuna iluminaste un día,
Del mar entre las ondas,
É ilumina mi frente todavía!
Con tu luz moribunda
Besa á mi Patria, en tanto, de esta sierra,
El fuego santo de mi amor la inunda
Con lo que hay de más grande aquí en la tierra!
Y tu postrero resplandor bendito,
Que estas alturas baña,

No niegues al proscrito
Que triste va á buscar en tierra extraña
Mercenarios consuelos,
Y para sus dolores,
Bálsamo que mitigue su amargor!
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Traición maldita, sanguinaria fiera,
Sus garras tiene en mí y sus ojos fijos;
Y pues tiembla la amada compañera
De mi hogar, tiemblan de terror mis hijos,
Viendo ese hogar en ruina,
Aquel hogar que un Paraíso era,
Como la golondrina
Que huye con sus polluelos,
Así yo huyendo de mi Patria voy.
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Imágenes benditas
De esos queridos seres
Que páginas de amor dejan escritas,
Códigos de santísimos deberes,
Y que en el lienzo inmortaliza el arte,
Por más que os busco en el hogar desierto,
No puedo hallaros en ninguna parte;
Hermosos bucles de aquel niño, muerto
Cuando ensayaba su primer sonrisa;
Cartas de confidencias conyugales,
Que guardan el perfume que la brisa
Arranca de las flores tropicales;
Cunas á cuyo borde madre santa

Mostrara al mundo homérico heroísmo:
Todo lo holló la vencedora planta,
Todo lo holló el odioso fanatismo!

Allí están por los suelos
Esas reliquiás que talvez adores,
¡Oh, mortal! cual se adora al Creador!
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Adiós, paternos lares
De mi risueña infancia:
Vosotros templaréis en la distancia
El amargo sabor de mis pesares.
Entrañable cariño
De aquella madre que me amaba tanto,
Madre que sonreía con el niño,
Y con el hombre compartía el llanto:
Vive inmutable en mi ardorosa mente,
Perenne surtidor de pura calma,
Cuyos besos palpitan en mi frente,
Cuyas caricias saborea el alma,
Cuyos santos anhelos
Eran limpiar de abrojos punzadores
La senda de los hijos de su amor.
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

¡Dichosa tú, mil veces, madre mía,
Que á la muerte pagaste ya tributo,
Sin que la tiranía
Te hiciera por la Patria vestir luto!

¡Dichosa tú que en el descanso eterno
Yacías, libre de zozobra y penas,
En tanto que á tus hijos un infierno

De torturas, martirios y cadenas
Aprestaba fanática mazorca,
Que a un Dios adora, vengativo y falso,
Y que para ellos demandó la horca,
La hoguera, la parrilla y el cadalso!
¡Cómo gozaran ¡ay! los tiranuelos
Si hubieras presenciado esos horrores
Que hacían el encanto de Nerón!

Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Ah! quién pudiera, madre idolatrada,
Cuando me haga el destino verter llanto,

En la noche callada
Volar en alas del amor más santo,
Llegar hasta tu losa,
Allí doblar la frente pesarosa,
Y cubrirla de lágrimas y flores
Para pagar tus múltiples desvelos
Y tu infinito, maternal amor!

Nido de mis amores,
Tutuba de mis abuelos,
Adiós, adiós!

Adiós, ardiente juventud, que un día
Consagré, sin pedir por ello gracia,
Al servicio del pueblo que gemía
Bajo el tacón de altiva aristocracia,
A quien cuenta demande
El genio vengador de nuestra Historia,
Si un pueblo hizo infeliz de un pueblo grande
Y esclavo ruín del hijo de la Gloria!

Tranquilo ciudadano

Que horada de la tierra las entrañas,
Le defendí del capital tirano;
Y canté del soldado las hazañas.
 Pero á estrechar la mano
Nadie ha venido, al pié de estas montañas,
Al defensor del pueblo soberano...
 Y estos eternos hielos
 Trasmonto sin rencores
Y amando al pueblo que mi hogar saqueó.
 Tumba de mis abuelos,
 Nido de mis amores,
 Adiós, adiós!

Adiós, escombros de mi hogar bendito,
Por el más puro amor santificado,
Suave cadena que une en lo Infinito
 Porvenir y pasado;
Hogar que perfumaron con su esencia
 De balsámica rosa
De mis queridos hijos la inocencia
Y la virtud de mi querida esposa.
 Mi hogar está vacío;
 Del cadáver inerte
 Tiene el aire sombrío
Y reina allí el silencio de la muerte;
 Y huertas y majuelos,
 Sin sus cultivadores,
Parecen los osarios de un panteón.
 Tumba de mis abuelos,
 Nido de mis amores,
 Adiós, adiós!

Adiós, lagos, corrientes cristalinas,
 Cándidas cordilleras;
Adiós, verdes collados y colinas,
Flamígeros volcanes, y praderas,

Y cascadas sonoras,
Y bosques seculares,
Regocijada luz de las auroras,
Y desmayos de luz crepusculares;
Adiós, riberas de sonoras aguas;
Adiós, gigantes de los altos montes:
Pinos, y colliguayes, y pataguas,
Maitenes y canelos,
Guirnalda que á los Andes Dios tejió;
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Edén en que al amor despierta el alma
Y que la nube del dolor no cubre;
Tarde estival de soñadora calma;
Fresca mañana del florido Octubre,
Con tus efluvios mil primaverales,
Nuncios de goce eterno;
Tristezas otoñales;
Veladas apacibles del invierno;
Placentera vigilia
Donde se anudan los estrechos lazos,
En que el génesis forma la familia,
Un génesis de besos y de abrazos,
De cantos y plegarias,
Que, perfumado aroma,
Suben á las regiones solitarias
Como en alas de mística paloma
Que, en atrevidos vuelos,
Entre los esplendores
Pasea de la célica mansión;
Tumba de mis abuelos,
Nido de mis amores,
Adiós, adiós!

Adiós, gigante losa funeraria,
Que nos guardáis, con eternal diadema,
Los héroes de epopeya legendaria
Que inspiró á Ercilla su inmortal poema.
¡Ira de Dios! Sarcófagos vacíos

Doquiera miro en torno!...

Chilenos! qué bochorno!

¿Qué es de vuestro valor, de vuestros bríos,
Que así dejáis que criminales plantas
Ultrajen las reliquias sacrosantas
Del patrio amor? Silencio! Los corsarios

Del Ajo y de la Curia

Los sacrílegos son, los temerarios

Que han hecho á nuestro honor tamaña injuria!... ..

Sintieron justos celos

Los ruines vencedores,

Y fraguaron la vil profanación!...

Tumba de mis abuelos,

Nido de mis amores,

Adiós, adiós!

Esperanza de ver mi Patria un día

Regenerada por sus hijos leales

Y á la atroz tiranía

Rugiendo allá en los antros infernales;

Esperanza sublime

De al fin oír de Libertad el canto

En esa Patria que angustiosa gime;

Patria que venero tanto,

Que grabada la llevo

En lo mas hondo de mi corazón,

Responde: ¿también debo

Decirte ¡adiós!?



Sin Familia y sin Hogar

Es una hermana para su hermano
Segunda madre, de quien ufano
Tan sólo espera felicidad.
Para el que viste negras sotanas
No hay más hermanas que las hermanas
De caridad.

¡Hijo de mi alma! grito sublime
De un padre amante, que unción le imprime
La ley angusta del corazón!
El sacerdote de alma sombría
Hijos no tiene: las de María
Sus hijas son!

¡Cuán abnegada! cuán cariñosa
Es para el hombre la amada esposa!
Mas, para el monje que odia la luz
No hay más esposas, según infero,
Que las esposas de aquel Cordero
Muerto en la cruz.

A no haber madres, no hubiera Cielo,
Y el mundo fuera masa de hielo
Que el sol radiante nunca alumbró.

Para el que eternos votos profesa,
No hay otra madre que la abadesa
Que nunca amó!

Grita el mancebo: «Patria querida,
Tuya es mi sangre, tuya es mi vida;
Te pertenezco; dispón de mí!»
Y el monje grita: «Pues Dios lo quiso,
Mi Patria es Roma, nó el Paraíso
Donde nací!»

Gañán que sufres hambre y vigilia,
Pero que tienes Patria y familia,
Tú eres dichoso: puedes amar!
¡Pobre del monje, que al mundo viene
Buscando un Cielo, pero no tiene
Patria ni hogar!



Al Gran Saqueador

I

Al templo acaba de entrar.
Piadoso, humilde, contrito,
Solicita el Pan Bendito
Del Ministro del Altar.
Mas, ¿pueden ser digno hogar
Al Cordero del Calvario,
Que se merece un santuario
Puro como un querubín
Las entrañas de un Caín,
De un saqueador sanguinario?

Y la gente que le mira
Se dirá, estúpida ó loca,
Que ha entrado por esa boca
El cuerpo de Dios: ¡mentira!
El que en una cruz expira,
Hijo del Dios de Israel,
Por amor al hombre infiel,
No puede ir de ese antro en pos:
¡No entra allí el alma de Dios,
Sino el alma de Luzbel!

Dar á Dios no puede asilo
Esa fiera, cuya madre
Fué una boa, y cuyo padre
Fué un hambriento cocodrilo.
Y nadie aspira tranquilo
El aire que ella envenena,
Y nadie su alma serena
Siente al pasar á su lado,
Pues saben se ha amamantado
Con la leche de una hiena.

¡Qué feroz placer te dan
La carroña y sangre tibia,
Inmundo áspid de la Libia,
Víbora del Indostán!
Tus hijos ¿heredarán
Esas entrañas de fiera?
Si tu raza degenera
Y en tus hijos no retoñas,
Dí: ¿por qué antes no emponzoñas
A la humanidad entera?

¿No caes en tentación?
Ea! manos á la obra,
Que la ponzoña te sobra
Cantorberiano Nerón!
Vé de nación en nación,
Reptil asqueroso, inmundo,
Y en el lago azul, profundo,
Y en el arroyo sereno,
De tu alma escupe el veneno,
Y envénena á todo el mundo.

II

El que al viandante despoja
En la mitad del camino;
El sanguinario asesino

Que de su puñal la hoja
En sangre inocente moja
De madre que, al expirar,
Como favor singular
Para su hijo gracia pide,
Y á matarlo él se decide
Por el placer de matar;

El que por vil estipendio
Corre campos y ciudades,
Alumbrando atrocidades
Con la tea del incendio;
Y rie del vilipendio
Que la sociedad fulmina
Contra aquel que la extermina,
Y un trono que causa asombro
Levanta sobre el escombro
Y sobre la humeante ruina;

El canalla, á cuyo oído
Siempre de odio el grito zumba,
Y más allá de la tumba
Halla el odio en su alma nido;
Y que nunca da al olvido,
Ni ante los despojos yertos,
Sus odios siempre despiertos,
Y entre las sombras oscuras,
Va á escarbar las sepulturas
Para insultar á los muertos;

Quien, sin torcedor profundo
Que su conciencia taladre,
Llega á insultar á la madre
Que lo lanzó en este mundo;
Y, altanero y furibundo,
Enveneña á su mujer

Ó, trocado en mercader,
La vende al que la desea,
Y en público abofetea
Al hombre que le dió el ser;

Cuanto criminal, en fin,
Para nuestro daño eterno
Ha vomitado el Infierno
Desde Tropman á Caín,
Es cándido serafín,
Si lo comparas, lector,
A ese gran inquisidor
Y criminal sin ejemplo,
Que es un Tartufo en el templo,
Y en la calle, un saqueador!

III

¡Y decid que miento, esposos
Que en este pobre país
En las cárceles gemís,
Aherrojados y angustiosos!
Sus cuidados cariñosos
Prestar no os puede, aunque quiera,
Vuestra amada compañera,
Que debe, en mezquino hogar,
Día y noche trabajar
Por que su prole no muera.

¡Y decid que miento, ¡oh, santas
Madres, que, tras de subsidios
Que llevar á los presidios,
Os ensangrentáis las plantas!
Vuestras congojas son tantas,
De vuestra vida el capuz
Tan negro es, que hasta la luz
Se ha apagado, que alumbraba

A esa Madre que lloraba
A su Hijo al pié de la Cruz!

¡Y decid que miento, ¡oh, viudas
De los nobles y los leales,
Que de umbrales en umbrales
Vais hambrientas y desnudas!
Tristes, pálidas y mudas,
Consumidas por la anemia,
Nadie en vuestra viudez premia
Del hijo la lealtad,
Y á los gritos de *piEDAD*
Os responde la blasfemia!

¡Y decid que miento, ¡oh, niños
Que ayer, en llanto deshechos,
Os visteis sin vuestros lechos,
Albos como los armiños!
Los maternales cariños,
Prodigados con exceso,
Os ocultaban que preso
Se encontraba vuestro padre;
¡Que tánto hacen de la madre
Una lágrima y un beso!

Decid, que miento, ¡oh, despojos
De los diez mil ciudadanos,
Que hoy son pasto de gusanos
Entre zarzales y abrojos!
Alzaos, abrid los ojos,
Vuestros labios desplegad,
Y decid si no es verdad
Que fué un Tartufo homicida
Quien os arrancó la vida
Junto con la libertad!

¡Alzad, sombras venerables,
Y responded á mi voz!

¿Quién pagó el crimen atroz
De los mercenarios sables?
Mercaderes miserables,
Agentes del Vaticano,
Que daban, con larga mano
Y estimulante lujuria,
El dinero de la Curia
Al Nerón cantorberiano!

¡Y decid que miento, hogares,
Ayer edenes asiáticos,
Y hoy por turbas de fanáticos
Profanados á millares!
¡Y enseña de esos jaguares
Fueron ¡ay! los Crucifijos
En los saqueos prolijos,
En que hollaron viles plantas
Hasta las reliquias santas
De nuestras madres, é hijos!

¡Y decid que miento, cuando
Yo por mis ojos he visto
A los Ministros de Cristo
Junto á la plebe saqueando!
Y á esotro chacal nefando,
Que ni el rostro tiene de hombre,
Para que su hazaña asombre
Al mundo y cause alborotos,
Aplaudiendo á *sus devotos*,
Que roban de Dios en nombre!

¡Y decid que miento, horrores
Que en el hambre y las vigalias
Hallan treinta mil familias,
Presa de negros dolores!
¡Y decid tal, pobladores
De esta tierra tan querida,

Cuando exánimes, sin vida,
Veis, tras sangrienta jornada,
La Libertad aherrojada
Y la Patria envilecida!

Esa es tu obra, maldito,
Que acaso el Infierno aclame;
Ese es, Tartufo infame,
Tu oprobioso sambenito!
Pero con ella has escrito
Tu sentencia por tu mano,
Pues en tiempo no lejano
La justicia popular
Te hará tu crimen purgar,
Cocodrilo ultramontano!

IV

Pero el feroz cocodrilo,
Sin miedo á la fiera Parca,
En la cenagosa charca
Digiere y duerme tranquilo.
Yo, al mirarle, me horripilo,
Y al contemplar la impudencia
Con que arrastra su existencia,
Me digo en mi pensamiento:
¿Dónde está el remordimiento,
Que no azota su conciencia?

Y manjares excelentes
Saboreas mientras tanto,
Amasados con el llanto
De víctimas inocentes;
Y que te embriaguen consientes
El ánimo y el oído
Del huérfano el alarido
Y las roncadas maldiciones

Del leal, que hoy en prisiones
Al oro no se ha vendido.

Es música regalada
Para tu alma de pantera
La congoja lastimera
De la madre desolada;
La alegría te anonada,
El contento te electriza
Cuando á tu oído desliza
El eco en tristes rumores
Los ahogados estertores
Del hombre leal que agoniza.

Si tus cómplices de ayer
Se inclinan á la piedad,
Los obliga tu crueldad
El buen camino á torcer.
Católico! ¿es tu deber
Dar la espalda á la clemencia
Y gozarte en la presencia
Del dolor y del tormento?
¿Dónde está el remordimiento,
Que no azota tu conciencia?

V.

Pero, si en tu alma el rencor
A la conciencia sepulta,
¿Por qué, cuando se te insulta,
No muestras tener valor?
Si en el campo del honor
A vengar un desacato
Te retan, te haces el beato
Y les respondes, caribe:
«La Religión me prohíbe
El batirme, y no me bato.»

Y dime: tu Religión
¿No te prohíbe, chacal,
Clavarle á otro el puñal
Por la espalda y á traición?
¿Religiosos actos son
El que, después de un combat ,
A un periodista se mate,
Asesinando á Lavín,
Y el que se mate á Garín,
A Villota y Aldunate?

¿Y tu Religión te manda
Lanzar sobre una ciudad
Esta y esotra hermandad
Como diabólica banda?
Tu Religión veneranda,
Que es la de Cristo yo creo,
¿Te manda insultar al reo
Que á morir va en breve rato,
Te ordena el asesinato
Y te prescribe el saqueo?

¡Y sin embargo la gente
Que religiosa se llama,
Por hombre de honor te aclama
Y te apellida valiente!
Sí, con el adolescente,
Que te escupirá mas tarde,
Haces de valor alarde;
Pero, como ruín canalla,
Con los hombres de tu talla,
Eres canalla y cobarde!

¡Hombre de honor! y la prensa
Que independiente ha vivido,
Te ha llamado *mal nacido*,

Y no has vengado la ofensa!
Responda el pueblo: ¿qué piensa
De quien no conoce valla
Para insultar al que se halla
En prisiones; y tirita
Si alguien ; *bastardo* le grita?
;Que es un bastardo canalla!

VI

El hedor de carne fresca
Y palpitante carroña,
Te subleva la ponzoña
Y tu ira canibalesca.
Pero tu pasión frailesca
Te induce al templo á llegar...
Cuando en tan santo lugar
Haces hipócrita ensayo,
¿Por qué Dios no manda un rayo
Que te hunda al pié del altar?

Allí contrito te veo,
En el cielo las miradas,
Y las dos manos manchadas
Con la sangre y el saqueo;
Luego, infame fariseo,
Infame como no hay dos,
De la Hostia santa en pos
Llegas (sacrilego ultraje!)
Y das inmundo hospedaje
En tu pecho al Hombre-Dios!

Y la gente que le mira
Se dirá, estúpida ó loca,
Que ha entrado por esa boca
El cuerpo de Dios: ¡mentiral
El Dios que en la cruz expira

Muere por los perseguidos,
No desoye sus gemidos
Y, tierno, cura sus llagas:
¡¡O no es Dios el que te tragas,
O es el Dios de los bandidos!!

Si la Justicia Divina
A muerte vil no condena
Al que á la Patria encadena,
Y saquea y asesina;
Si el autor de tanta ruína
No halla aquí un castigo cruel,
Ni le da el Dios de Israel
Uno merecido allá
Porque no hay Infierno, ¡habrá
Que crearlo para él!

De tus víctimas, infame,
¿No existe alguna que, airada,
Allá en la noche callada
Nuestro vengador se aclame?
¿No hay quien tu sangre derrame
Para que de uno á otro polo
Se escuche este grito solo:
«¡Murió el rival de Caín!»?
Para asesinarte, en fin,
¿No hay puñales ni vitriolo?

Entre tanto, el criminal,
Como gozando en su crimen,
Pasea entre los que gimen
En la miseria fatal;
Nuestra Justicia venal
Lo deja impune y ufano;
No tiene el Dios soberano

Rayo que lo pulverice,
Y el Papa, que lo bendice,
Sonrie en el Vaticano!

A un Traidor

(Imitación de Santa Teresita)

No me mueve, bribón, para ofenderte
La cárcel que me tienes prometida,
Ni me mueve el temor de ver mi vida
Por un sicario atroz echada en suerte.

Tú me mueves, traidor; muéveme el verte
Llevar al cinto espada fratricida,
Con la sangre de los leales reteñida,
Sembrando dondequiera luto y muerte.

Muéveme tu traición de tal manera,
Que aún allá en el Cielo yo te odiara,
Y ni mi salyación de tí quisiera.

Con sólo ver tu repugnante cara,
No haría Satanás que me vendiera,
Ni lograría Dios que me pasara.

A la Clase Media

Arriba, Clase Media!
Sacúde tu letargo!
La culpa tú la tienes,
Si amargo es hoy tu pan:
¿Por qué, desventurada,
Comer un pan amargo,
Si es pan que ni la usura
Ni el crimen te lo dan?

Tú nunca pordioseas
Y vas hacia adelante,
Hambrienta pero altiva,
Velando tu dolor;
Cualquiera te creyera
Mendiga vergonzante;
Mas, mendigar te impiden
Las leyes del honor.

Virtuosa en tu miseria,
No exhibes el andrajo
Con que piedad inspira
La falsa invalidez;
Te ocultas y te inclinas
Al yunque del trabajo,
Y triunfas ó bien caes,
Sublime en tu honradez!

En tu vivienda humilde
Tuvieron pobre cuna
Las ciencias y las artes,
E inspiración feliz;
Mas, su favor, esquiva,
Nególes la Fortuna
Y, faltas de aire y vida,
Doblaron la cerviz.

En tu alma no se anidan
Los vicios que encanallan,
Y á nobles y pecheros
Arrastran en su alud:
Si allá en tu mente mundos
De inteligencia estallan,
Te alumbra con sus rayos
El sol de la virtud.

Y tú, en las democracias
Del siglo diecinueve,
Del pueblo esclavizado
Levantas el pendón,
Pues tú lo representas,
Y nó la sucia plebe,
Que es carne de ambiciones
Y carne de cañón.

Quizá porque te faltan
Riqueza y pergaminos,
Heráldicos arreos,
Y fausto y oropel,
Señora no te atreves
A ser de tus destinos,
Y el látigo soportas
De esclavitud cruel.

Los golpes que te lanzan
sapor dña arraban;

Plebeyos y señores
Te arrojan su ruindad;
Abajo te aborrecen,
Arriba te desprecian,
¡Y tú, feliz, murmuras:
¡Que viva la Igualdad!

Azótate la envidia,
La ingratitud te asedia;
Sonríes al andrajo
Y anhelas el tisú;
O noble ó ruin te acusas,
Y nunca Clase Media;
¡La Patria, sin embargo,
La formas sólo tú!

Del odio y el desprecio
Sepúltate la losa,
Ni un resplandor alumbra
Tu oscuro porvenir;
Con todo, Clase Media,
Señora presuntuosa,
Cuando arrastrarte finges,
Deliras por subir.

Y sin manchar tus ropas,
Mas blancas que la nieve,
Sin salpicar tu rostro,
Que inspira compasión,
El dueño de las tierras
Y la viciosa plebe
Por sobre tí se escupen
La hiel del corazón.

Mas, necesite el noble
Del popular sufrago,

Escala milagrosa
Que lleva hasta el Poder;
Se vea amenazada
De bélico naufragio,
La Patria que nos dieron
Los héroes de ayer;

Entonce el oligarca
Le quita las cadenas
Al pobre esclavo, al grito
De ¡Patria y Libertad!
Y el pobre esclavo vierte
La sangre de sus venas,
Y el amo codicioso
Duplica su heredad!

Y llegan abrazados
Plebeyos y oligarcas
Al cofre que no esconde
Los votos de la ley;
Después, los señoritos
Se adueñan de las arcas
Que á costa de su vida
Llenara el Pueblo-Rey!

El triunfo ha coronado
De lauro merecido
La frente del que heroico
La muerte desafió.
Se hace el reparto: al Pueblo,
La gloria y el olvido;
Al noble, las riquezas
Que el Pueblo conquistó.

La Fama vocífera:
Llor á esos titanes!
Aplauso á los plebeyos,

Aplauso baladí.
Sí el Pueblo da soldados,
Tú das los capitanes;
Pero la diosa calla
Y olvídase de tí!

Allá en la altiva Francia
Gemía un pueblo esclavo,
Cargados de cadenas
Las manos y los piés;
Pero aquel pueblo irguióse,
Y, amenazante y bravo,
Para romper sus hierros
Se alzó el *noventa y tres*.

En Chile... ¡qué vergüenza!
Se alzaron de consuno
El noble corrompido
Y el fraile corruptor,
Y esa nefasta liga
Tronó el *noventa y uno*,
Los campos de la Patria
Cubriéndolos de horror.

Y tú ¿qué has hecho, en tanto,
Virtuosa Clase Media,
Que te azotaba horrendo,
Despótico huracán?
Ser la testigo muda
De la feroz tragedia,
En que nobleza y plebe
Dispútanse tu pan!

Amante del Trabajo,
No buscas tu tesoro
Sino en la paz, lumbrera
Que da sosiego y luz;

Y dejas que se arañen,
Idólatras del oro,
Los que echan á tu espalda
La matadora cruz.

Arriba, Clase Media!
Reúne tus legiones,
Y al campo las conduzca
Demócrata adalid!
Obieros é industriales
Que sigan tus pendones,
Y así podrás, luchando,
Vencer en buena lid!

No más amargo lloro
Te arranque la desgracia;
Ya debes, Clase Media,
Dar tregua á tu dolor!
Pues ábrete los brazos,
Viril, la Democracia,
Recíbela en los tuyos,
Y salva el Tricolor!

